

EL GAMONAL

Mucho antes del amanecer, y e so que á principios de Julio amanece pronto, comenzó á sentirse ruido desusado: abrir y cerrar de puertas, pasos de gente por las calles, conversaciones breves á media voz... ¿Qué sucedía?

Que daban los gamones, cotos hasta aquel día bajo la multa de dos pesetas á cada persona que fuese á ellos, á más de quitarla los que hubiera arrancado.

Hay sitios cercanos al pueblo, como la Cuesta, los Hoyos de la Jana y Vallesón, donde los gamones no se cotan, y de donde, en cuanto empiezan á apuntar, empiezan los rapaces á traer fardeladas para ir manteniendo los gochos, que no digamos que engordan mucho con ellos, pero se ponen tezosos y lucidos para la venta, si llega el caso.

Mas en el Valle, los gamones están cotos siempre, hasta que acaban de crecer y se sazonan, que suele ser alrededor de San

Pedro, y entonces se dan ó se descotan en dos días distintos. El primer día, solamente los destinados al verrón, ó marrano semental, cuyo dueño, así como tiene la pejiguera de cuidarle y sostenerle en utilidad y provecho de sus convecinos, sin poder venderle ni caparle durante el año, tiene también el privilegio y la ventaja de que se le reserve intacto para él solo el mejor gamonal y más descansado: la Majada-Vieja.

El segundo día se dan ya los gamones para todos, con entera libertad de ir cada uno donde más le agrade.

Este era el día de referencia, y así se explica el ruido que desde muy temprano comenzaba á sentirse en la villa, ordinariamente tranquila y sosegada; ruido que luego se fué convirtiendo en verdadero alboroto.

Si habían de coger el día por la punta y aprovechar bien la mañana, que es cuando se trabaja mejor, empezando á arrancar gamones en cuanto se viera, no tenían los gamoneros que amanecer dentro de poblado. Por eso madrugaban tanto y corrían y voceaban llamándose unos á otros.

—¡Tía Mari-Manuela!—gritaba una voz femenil muy delgada llamando á la ventana de una cocina donde había luz.—¿Se levantó ya Juan?

—No, hija, no: todavía está durmiendo,

—la contestaba desde dentro la interrogada.

—Claro—replicaba la de fuera:—tardío anocheedor, mal madrugador. Andaba por la calle á la media noche cantando la ronda, y ahora... velahí...

—Le voy á llamar ahora mismo... ¿quieres entrar?

—No señora, no; dígale que se levante á prisa, que marchamos... que vamos á los Abellanes.

—¡Tía Luisa!—voceaba otra muchacha golpeando á una puerta con un canto,—¿marchó ya la su gente?

—Sí, mujer... ¡cuánto hace!—la respondían de dentro.

—¿A dónde iban?

—A Valmañida... y ya estarán cerca de allá.

—¡Vaya! ¡bien madrugaron!

—Casi no dormieron.

—¡Pepe!—llamaba un mozo á otro con voz atronadora.

—¡Qué quieres!...

—¿Tienes un cordel que no te haga falta?

—No tengo más que el de tornar los novillos: entra en el corral y quítale del arado, que allí está arregucido á la esteva.

—Pues espérame.

—No, que ya van los otros andando... ¡Corre!...

Pocos momentos después iban ya todos los gamoneros al valle arriba con grande algazara, mientras que la población había vuelto á quedar en silencio profundo.

De cada casa iba una cuadrilla de seis ó siete rozadores, en su mayoría rapaces y rapazas y mozas, y con cada cuadrilla iba un mozo de *bajador*: todos de la familia, si los había, y si no jornaleros, que, naturalmente, habían de ser de los pueblos de redor, porque dentro de la villa era inútil buscarlos, pues el que más y el que menos tenía que rozar para su casa.

Lo más que se podía conseguir entre vecinos, era algún cambio, á saber: que de una casa en la que había dos ó tres mozos, dieran uno para bajador á otra familia donde no hubiera más que mujeres, dándoles una de éstas en cambio para rozadora.

Iban éstas todas muy majas, como si fueran á una romería. Y realmente poco menos viene á ser el gamonal, pues de mediodía en adelante, apenas se hace otra cosa más que bailar y divertirse. Únicamente por la mañana es cuando se rozan gamones con garbo.

El labor en sí, no es difícil ni trabajoso; pero si se quiere aguantar á rozar, hay que menearse bien y doblar mucho el espinazo, casi tanto como para ser cortesano ó para segar á hoz, que son dos oficios de

los peores que puede haber en el mundo.

Y como á la tarde se ha de ver el trabajo y la habilidad de cada cuadrilla en la cama de gamones que ha rozado, ninguna de aquéllas quiere quedarse atrás ni por bajo de otra: todas quieren sobresalir, y así es que andan con mucho afán á ver quién más aguanta.

Consiste la operación en echar la mano derecha á un pie de gamones, tirar de él y arrancarle, haciendo lo mismo con otro y otro hasta llenar la mano; cuando ya no se pueden abarcar más, se pone la manada debajo del brazo izquierdo; y á hacer otra en seguida, para ponerla igualmente bajo el sobaco y continuar la tarea. Cuando se llega á reunir un buen sobacado, se posa en el suelo en una vereda ú otro sitio visible, para que el bajador le encuentre fácilmente, y á juntar otro...

El bajador, armado de un cordel de cáñamo ó de lino, va luego recogiendo los sobacados y los va poniendo en rima contrapeados, es decir, las raíces de unos con las cimas de otros, hasta juntar una buena carga; formada ésta, la ata fuertemente con el cordel, y sentándose en el suelo la agarra, se levanta como puede, la baja á cuestas á la *cama*, que se hará en una campera en la falda del monte, y vuelve á subir por otra.

En la campera se tienden luego los gamones á secar al sol, y á los pocos días se vuelve por ellos con el carro y se llevan á recoger en la tenada ó en el desván para gastarlos en el invierno; pues cocidos y espolvoreados con un poco de harina, son un gran alimento, no sólo para los de la vista baja, sino para toda clase de ganado.

Al bañar por entero el sol de la mañana las frondosas laderas del valle, el gamonal ofrece á la lejanía un aspecto fantástico. Acá y allá se ven, á través del ramaje, los gamones recién arrancados, cuyas raíces blanquean como la nieve, contrastando con lo verde del fondo... Se ven los bajadores que en mangas de camisa descienden por los trecheros y vuelven á subir y cruzan de un lado á otro y aparecen y desaparecen entre la maleza reuniendo los sobacados y haciendo las cargas... Se ven las rozadoras que, habiéndose quitado las galas para no deslustrarlas con el rocío ni hacerlas jirones entre las escobas, quedándose con los zagalejos encarnados, al moverse acompasadamente y erguirse y agacharse sobre el pastazo asoleado y amarillento de las escampadas del monte, parecen amapolas medidas por el aura en el trigo maduro. Y luego, con la alegría que por todas partes derramó la luz del sol, que en aquellas horas

tempranas todavía no sofoca ni quema, la gente se desentumece y se entusiasma, los rapaces se vocean de un cerro á otro, las mozas rompen á cantar alguna tonada nueva, recién traída de otro país, y los mozos sueltan tras de cada cantar un relinchido atronador, que repercute en todos los ámbitos del monte, llenándolos de regocijo y de vida.

Mientras tanto, de la poca gente que en el pueblo quedaba, salía también con dirección al gamonal una persona de cada casa, á pie ó á caballo, á llevar el almuerzo á los gamoneros.

Entre las plazas montadas iba Antonino reblagado en un burro negro con unas alforjas muy grandes y muy repletas, pues llevaba, además del almuerzo, la comida de mediodía y la merienda.

Por cierto que al verle ir muy tieso en el burro no faltó quien dijera por lo bajo:

—No sé si tú volverás así tan derecho á la tarde. Milagro será que dejes de mangarla...

Porque es de advertir que Antonino tenía fama de ser aficionado al morapio, y fama no injusta ni mal adquirida... Como que solía coger cada turca que temblaba el misterio.

Un rato después salía su amigo Evencio

montado en una yegua, y como ésta andaba mucho más que el pollinejo de Antonino, le alcanzó pronto y fueron los dos en conversación, cortando un vestido al alcalde porque había tardado en dar los gamones.

—Caloroso va á estar hoy el día—dijo Evencio,—según está el cielo de despejado, que no se ve ni una nube como una cardada de lana... Te aseguro que nos va á calentar el sol de lo bien.

—No digas que nos va á calentar—le contestó el otro;—dí que nos va á abrazar vivos... Con lo adelantada que está la estación... porque hay que tener en cuenta que es mucho más tarde que otros años.

—Sí: algo más tarde es, y pocas veces creo que se habrá visto dar los gamones el 9 de Julio.

—No se ha visto nunca, hombre, nunca. Ha sido una animalada del alcalde el no darlos primero, porque están ya pasmados del sol y se van á hacer polvo.

—Pues buena lástima ha sido dejarlos perderse... este año que dicen que había muchos.

—Muchísimos: uno es decirlo y otro es verlo... Así están de buenos también los prados y las tierras; porque, ya se sabe: año de gamones, año de montones... Pero ese bruto de ese alcalde, que merecía más palos que el burro de un arriero...

—Mejor los merecía quien le nombró, porque, como dice el antiguo refrán, «asno sea quien asno batea», y quien pone hombres así en esos cargos es quien debía pagar por ellos, por ser quien tiene más culpa.

—Culpa tendió quien le puso; pero más tiene él de las barbaridades que hace, porque nadie le manda hacerlas, y créete que le estaba tan bien una tollina como á un santo una vela... Y no será tarde cuando acaso...

—¡Quita, hombre! Eso sí que sería errar el golpe, y, por dar en el asno, dar en la albarda... ¿Qué culpa tiene el pobre Fernandón de no tener entendimiento?...

—Anda que, aunque es tonto, bien sabe á su casa. ¿Por qué te parece que ha tardado tanto en dar los gamones? Pues porque le tocaba la vecera de los corderos y después la de los jatos; y como no podía menos de echar con ellas un par de rapaces, tenía dos rozadores menos... Por eso esperó él á que las veceras pasaran de su casa á las de los vecinos...

—Yo creía que aguardaba á que acabaran de venir los carros de Campos.

—¡Quiá! no lo creas: eso ¿qué le importaba á él? Además, que ya hace cuatro ó cinco días que llegaron los últimos... Hombre, y á propósito... ¿qué tal vino habrán traído?

—Bueno, muy rico, de la Moraleja... Lo probé anteanoche en casa del Cojo.

—Ahí tienes el vecino más afortunado, y el único, puede decirse, á quien tengo envidia en el pueblo.

—Pues ¿por qué, hombre? No será porque es cojo...

—No, porque es tabernero... ¿Te parece poca fortuna eso de poder beber vino cuando quiere?

—Lo mismo podemos beberlo tú y yo y cualquiera...

—Te equivocas...

—Teniendo cuartos...

—¡Ahora dijiste! Pero como no los solemos tener, á lo menos yo, por mí, casi nunca los tengo, no lo puedo beber; y él, aunque no los tenga, tiene el vino á mano.

—Pero si lo bebe en lugar de venderlo, luego acaba... y más ahora según está de caro. Para traer hoy una carral de vino se necesita un montón de dinero, mientras que un real para un cuartillo á nadie le falta.

—No estoy conforme... á mí me falta muchas veces... Y desengáñate, que así como respecto del pan se dijo: «año malo, panadera en todo cabo», porque es difícil que por muy escaso que ande el pan llegue á faltar para la que lo amasa, así en esto, para poder beber vino con frecuencia, esté caro ó barato, no hay como tener cerca la espita.

—Pues yo creo que si fuera tabernero no bebería vino, porque, con estarlo oliendo continuamente, se me quitaría la gana... y algunos taberneros dicen que llegan á aborrecerlo.

—No sería el hijo de mi madre... Digo, me parece que muy malo había de andar cuando yo aborreciera el vino.

En estas pláticas, llegaron los dos amigos á donde tenían que separarse, porque Antonino tenía que entrar para el Bijueco, valle afluente del principal, y la gente de su compañero estaba en Valmañida, otro afluente más lejano.

Llegó Antonino al sitio destinado por antigua costumbre para tender los gamones, que era donde se reunía la gente para almorzar, y como era el último que llegaba y sólo esperaban por él, pues ya estaban allí los almuerzos de todas las demás cuadrillas, comenzaron á sofocarle y á bromear con él, y cada uno le decía la suya.

—¡Qué manera de madrugar!...

—Estarías esperando á que acabara de amanecer...

—Ya creíamos que la cocinera se había caído en la lumbre...

—O que el propio expostulario se había caído en el río...

—O que había ido por vino y había que-

brado el jarro, como le decíamos cuando era rapaz...

Antonino
Fué por vino,
Quebró el jarro
Pol (1) camino...
¡Pobre jarro!
¡Pobre vino!
¡Pobre culo
de Antonino!

—No ha habido nada de eso—replicaba Antonino mientras se apeaba muy despacio, pues era de lo más cachazudo, é iba sacando poco á poco las provisiones de las alforjas;—no ha habido nada de eso que decís, sino que me junté con Evencio y vinimos los dos en conversación sin apurar á las ballerías.

—¡Ya se conoce!—le replicaban, mientras seguía él sacando cosas de las alforjas, sin trazas de acabar en un rato.

Porque llevaba prevención, no sólo para almorzar, sino también para la comida de mediodía y para la merienda; y luego, como estaba en el mismo valle la cuadrilla del tío Pequeño, con cuya hija trataba de casarse su hijo Luciano, la madre de éste había echado la casa por la ventana queriendo lucirse.

Reunida la gente, se formó un gran co-

(1) Contracción de *Por el*.

tro en la campera y comenzó el almuerzo con las sopas de ajo, que iban en anchos barreños de asa. Desocupados éstos, corrió todo alrededor una corpulenta cestella de blancas mimbres llena del dorado vino de La Seca, y luego aparecieron los frisuelos, «especie de fruta de sartén», que dice la Academia, fiel á su costumbre de dejar las cosas sin definir, sólo interrumpida alguna vez que las define al revés del todo. El frisuelo, comida clásica del gamonal, viene á ser, siguiendo el académico estilo, una especie de tortilla sin huevos, cosa que pasa por imposible de hacer, pero que se hace, supliendo aquéllos con harina y agua. Es decir, que después de tener los torreznos fritos en la sartén como para hacer tortilla, en vez de echar encima huevos batidos, se echa un bate de agua y harina, igual que el de hacer buñuelos, se fríe otro poco, se da vuelta como la tortilla, se fríe por el otro lado, y resulta riquísimo.

Una verdadera montaña de frisuelos se había formado en medio del corro sobre un blanco mantel casero, donde se habían ido desocupando los de todas las cuadrillas del valle; pero á la media hora ya la montaña había casi desaparecido.

Verdad es que también había dado ya dos ó tres corridas la cestella del vino blanco, siempre en movimiento hasta desocu-